NOTICIA

SOBRE LA GOMA DE HINOJO.

SR. DIRECTOR DEL CORREO DE SEVILLA.

Hallándome de Boticario en la Cartuja de esta Ciudad, y teniendo allí sobrado tiempo para recorrer todos aquellos fertilísimos campos, en los que encontré el mayor numero de plantas, que en un corto recinto puede imaginarse, quise observar el hinojo, desde su eflorecéncia hasta su muerte. Yo habia leido en el *Diccionario Elementál de Fármacia* de D. Manuel Hernandez de Gregorio, impreso en 1798. (tom. 1. f. 246.) que la *Goma de Hinojo* „era un jugo go„ moso resinoso, que no se sabia que arbol lo producia, ni „ que usos hace de él la medicina." Pero antes de averiguar que arbol lo producia, quise saber si el hinojo, de que tomaba nombre, lo daba. Efectivamente al tiempo natural de su maduréz, encontré en su corteza algunas grietas, y en ellas un humor blanquizco, que con el calor se fué inspisando en forma de gotas, y al fin tomó el color del sucino. De estas, al tiempo que me pareció oportuno, recogí hasta dos onzas, que aun conservo, y hallé que era la verdadera *Goma de Hinojo*, aunque bien distinta de la que el Comercio nos trae con el mismo nombre. Su olor es fragrante: su consistencia vidriosa y muy facil de resolver en el agua, de lo que se infiere, que en ella domina la parte gomosa, conservandose en la resinosa el olor de la planta. Yo no debo entrar en la disputa, de si la Medicina puede sacar algun partido de esta substancia, ó no; pero conozco que si hasta aquí se ha usado del *agua jaque* ó goma de hinojo del Comercio para el dolor de muelas y se ha reconocido su inutilidad, esto no es bastante para proscribir la verdadera goma del hinojo, la que puede ensayarse sin ningun peligro. Confieso que la pródiga imaginacion de los antiguos concedia todas las virtudes á todas las plantas, con las que el hombre

podia hacerse invulnerable; pero igualmente es necesario conocer, que no se halla planta que carezca de alguna virtud, la que puede no haberse descubierto, ó lo que es peor, puede haberse tomado una por otra, como sucede en nuestro caso, y perder el crédito la verdadera por haberse en su lugar ensayado la supuesta ó equivocada.

P. A.

Ignoramos si esta advertencia habrá tenido lugar en la segunda edicion del *Diccionario de Farmacia*, pues aunque de ella se dió aviso á su autor, este no ha tenido á bien responder á quien modestamente quiso participarsela.

EL AMANTE MELANCÓLICO.

ELEGIA.

¡O noche! ¡qual caminas silenciosa,
Y en sesgo vuelo y paso desmayado
El orbe envuelves en negrór y miedo!
Ya las calladas horas pavorosas
Llenan el ancha esfera, y los tendidos
Campos las mustias sombras van cubriendo.
No suena el dulce acento melodioso
De las canoras aves, ni el balido
Del simple corderuelo en la pradera.
Calma del austro el silvo: todo el mundo
En plácido reposo se adormece.
Sola esta alma mezquina, á quien el cielo
No cesa de afligir, en nada alivio
Halla al fiero dolor que la atormenta.
Y mientras que á tu imperio el mas penado
Mortal se rinde al fin en blando sueño,
Yo solo, en mi lamento inconsolable,
Contino tu quietud, ó noche umbria,

Con lloroso gemido estoy turbando.
¡O misero de mi! ¿quien así pudo
El sosiego robarme y la alegria
Que en mi inocente pecho se anidaba?
¿La dulce paz, la càndida inocencia
De mis primeros años deliciosos?
Años, si, deliciosos, quando alegre
Con festivas canciones mis cuidados
En tu silencio, ó noche, divertia,
Y ufano te contaba mi ventura?
¡Que delicia era ver de tus luceros
La tropa rutilante! ora vagando
En tardo giro de la Luna en torno,
Ora en curso fugaz las luminosas
Quádrigas al sonoro mar cayendo:
El bello arturo, las pluviosas mayas,
Andrómeda, la lira, el albo cisne,
El soberbio Orïon que en clava de oro
Las enojosas tempestades lleva,
El Sirio ardiente que en fogosas llamas
Al roxo sol los rayos mas enciende:
Y yo en la fresca yerba reclinado,
Embebecido en célico transporte
Sus armoniosos giros contemplando!
¡O dulces horas, deliciosas horas!
¿Donde estais? ¡ah! volaron fugitivas.
Amor, cruel amor, tu fuego insano
¡Quan presto muda en triste descontento
El mas grato placer y el alegria!
Tu insano fuego que en ardor impio
En los cándidos pechos mas se enciende.
¡Triste! ¿que me ha servido tantas veces
Con ofrendas ornar tus sacras aras
En torno desparciendo frescas flores?
Joven sencillo entonce, imaginando
Que era ventura amar y mil delicias,
Quise incauto gozar de su dulzura.
Viera acaso dos simples palomitas
Con dulces besos entre blando arrullo

Regalarse amorosas, el nevado
Pecho en tiernos latidos palpitando:
!Ay! dixe: esto es amor: ¡Oh! dulce cosa
Es amar: dame, Amor, tu dulce gloria:
Dame, dame en tus fuegos encenderme.
Mas tú fiero, cruel, tu mi inocencia
Burlaste y mil congojas infernales
Me has dado en vez de plácidas dulzuras;
Y ahora te deleytas con mi engaño.
¿Qué causa ¡ay me, infeliz! á tanto enojo
Pude yo dar, Amor? ¿en que inocente
Te ofendí yo jamás? ¡ay! tu fiereza
Modera ya, cruel; que ya no puede
Mi pecho sufrir mas tantos dolores.
Crece el llanto contino de mis ojos,
Ya el aliento desmaya, desfallece
El corazon: ¡cuitado! Tus ardores,
Tu engaño.... ¡infeliz yo! ¿porque no muero?
¡O noche! ¿quando viste en tu carrera
Tan inmenso dolor?=¡Y aquella ingrata,
Mi enemiga cruel, en dulce sueño
Duerme! ¡duerme! ¡y no atiende á mis querellas!
¡O Amor! ¿porque no llevas tus ardores
A aquel helado pecho? ¡Oh! hiere, hiere:
Arda tambien en el sagrado fuego,
Que aun á los altos Dioses avasalla.
Dulce Morfeo, tú que en el reposo
Del sueño los mortales entretienes
Con pintados fantasmas, en callado
Vuelo ve silencioso, y á mi amada
Refiere mi dolor, mi triste llanto;
Dile mis ansias, mis deseos dile:
Los ardientes deseos que inflamado
Enciende amor en mi agitado pecho:
Dile que su dureza.... ay! ya no basta
Mi vida á tanto mal.... Amor! yo muero....
¡Fiero! hé aquí la gloria que tu quieres.

J. M. R.